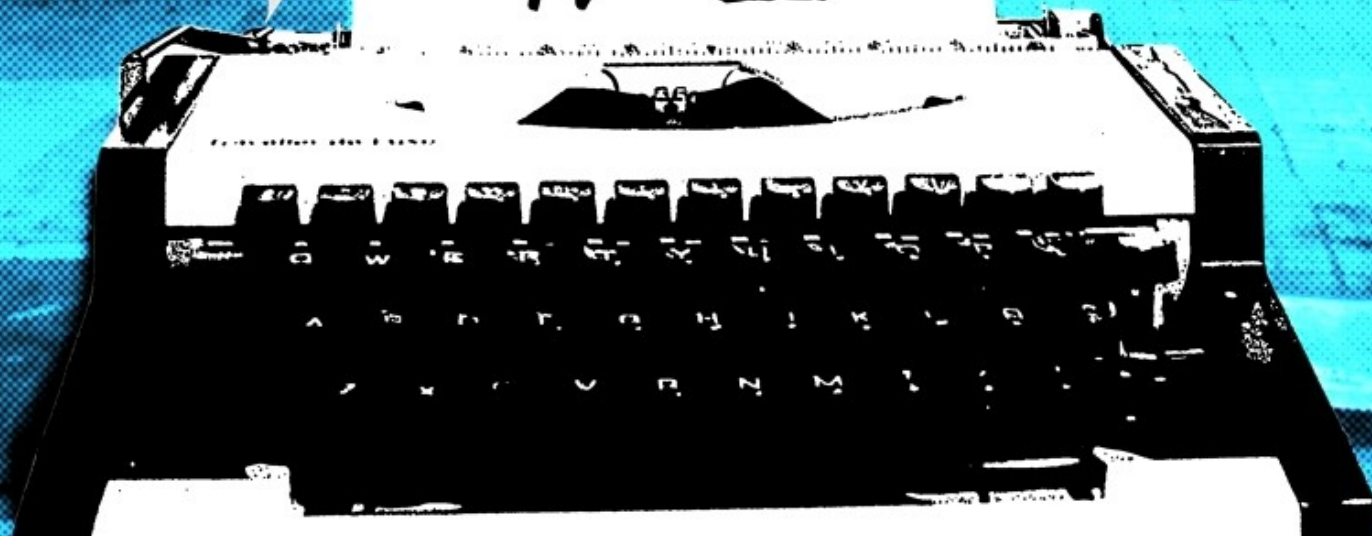


#LAB street

#2



FANCINE

#Bernardo Bertolucci

por Isidro Lacoma

El 26 de noviembre de 2018 murió en Roma Bernardo Bertolucci. El último de los grandes príncipes del cine italiano tuvo relación con la literatura desde su infancia, criado en un ambiente artístico, su padre Attilio fue reconocido poeta e historiador, en su casa existía un gran ambiente cultural. Comenzó a escribir muy joven y tuvo algunos premios literarios por sus obras. Aunque quería ser poeta, un gran amigo de su padre Pier Paolo Pasolini lo introdujo en sus rodajes como ayudante, le apasionó el mundo del cine y en 1962 a los 22 años rodó su primera película. Durante una década intentó hacerse un nombre en el difícil mundo del celuloide con diversa fortuna. No fue hasta 1972 con su controvertido filme «Un tango en París» cuando los productores se fijan en él y comienza su gran carrera.

Bertolucci siempre quiso ser escritor, decía que la fuerza impulsora de una película es ante todo la curiosidad, el deseo que tiene el director de descubrir el secreto de cada personaje, que es lo mismo a lo que aspira cualquier novelista.

La relación de su cine con la literatura, además de ser un gran guionista, viene dado con cuatro de sus películas relacionadas con obras escritas:

La estrategia de la araña: Realizada en 1970 sobre un cuento de Jorge Luis Borges, Tema del traidor y del héroe. El argumento se desarrolla en la Italia posfascista, donde un hijo intenta desvelar el misterio de la muerte de su padre asesinado por los camisas negras en 1936. Pero la verdad es compleja, como una tela de araña. La película es difícil de seguir por lo que solo es apta para espectadores activos que sean capaces de integrarse en la trama. Denostada por unos, magnificada por otros es interesante de ver. Seguro que les encanta a los incondicionales de Borges.





El conformista: Para mi es la mejor película del cineasta, basada

en una novela homónima escrita en 1951 por Alberto Moravia. Dirigida también en 1970, pero completamente diferente a la anterior. Dijo, él mismo, que se había hecho adulto filmando esta película. La cinta transmite perfectamente la densidad de las enfermedades morales de los personajes propios de la literatura de Moravia. El protagonista, Marcello Clerichi, un anodino profesor de filosofía que se ha identificado con el ideario fascista, y pretende aprovechar su luna de miel en París para asesinar a un exiliado político italiano.

Su magnífica realización, una obra de arte, la hace rabiosamente actual, casi la consideraría imprescindible para cualquier aficionado al cine y a la literatura. Para el que no lo conozca puede ser un descubrimiento interesante de Alberto Moravia, es un maestro en la caracterización de personajes poliédricos y obtusos en la Italia de aquellos años, sumida en la búsqueda de una identidad propia después de la II Guerra Mundial.

Por cierto, el tango que se marcan las dos protagonistas en un cafetín de París me parece mucho mas sensual que el de Brando y la Schneider.



El cielo protector: Después del éxito del Último Tango en París rodada en 1972 las productoras se fijaron en el director y pudo realizar un cine a su medida sin corsés económicos llegaron grandes títulos: Novecento, La luna, el Último emperador.

Ya en a la cumbre de su éxito se propuso rodar el «Cielo Protector» sobre una gran historia de Paul Bowles, este autor norteamericano al que podemos considerar como uno de los últimos escritores viajeros románticos del siglo XX, después de un periplo aventurero, principalmente

por África, se afincó en Tánger. A pesar de ser un buen escritor, sus obras no eran muy conocidas y cuando lo descubrió Bertolucci casi estaba en la indigencia. De la imaginación de Bowles y de la técnica de Bertolucci, surgió una de las mejores películas de viajes que se conocen: «Los turistas van y vienen, los viajeros llegan a un lugar y permanecen en él hasta que parten en busca de otro», esta frase de uno de sus personajes la haría suya el escritor. Esta diferencia entre el turista y el viajero es la clave de la cinta. La aventura es contada por el narrador omnisciente, el propio Bowles que aparece en la cinta, desde su distante mesa de café. Situación privilegiada que permite al escritor ser imparcial con su relato. Tanto la novela como la película es recomendable para cualquier viajero que se precie. No perderselas.

Tu y yo: Rodada en 2012 sería

la última película del director para la gran pantalla. Adaptación de la novela de Niccolò Ammaniti, la película transporta al espectador a un territorio teatral, el sótano de un edificio donde dos personas conviven sin haber deseado esa situación y teniendo intereses muy diferentes.

Un chico de catorce años, Lorenzo, huraño, que huye de todo el mundo, acude a un psicólogo precisamente por ello, se ha escondido en ese lugar durante una semana de vacaciones, en que supuestamente debería estar esquiendo con sus compañeros. Su hermanastra Olivia, una joven solo un poco mayor, muy guapa y vital, llega allí desesperada, con problemas que quiere resolver sola, en esa cueva donde ha encontrado al chico y en la que ambos se conocerán obligatoriamente.

Niccolò Ammaniti (Roma, 1966) es la gran figura literaria italiana actual, ha creado un retrato convincente de la Italia contemporánea, aportando un necesario contrapeso a los retratos románticos y turísticos del país. Igual que en su momento hizo Moravia, son escritores distintos, pero de alguna manera reflejan la vida italiana de sus contemporáneos, creando personajes al límite, pero absolutamente humanos. No es de extrañar que los dos motivaran al director para sus obras más italianas.



DE CHARLA CON ... por Teresa Palomo



Empiezo la entrevista grabando a **José Malvís** en El Sótano Mágico junto a una barra de bar y frente a un par de bebidas de forma natural. El poeta se muestra relajado, más relajado que yo que, sin experiencia en estas lides, me veo en la tesitura de entrevistarlo para el fanzine y así conocerlo o intuir qué hay más allá de sus versos. Lo primero que me gustaría resaltar es que José Malvís es el flamante ganador del prestigioso **Premio Internacional de literatura Antonio Machado de Collioure.**

Poeta de mirada cálida y sonrisa acogedora, de trato afable y generoso en sus respuestas, transmite timidez en su postura y gestos. Habla de su poesía sin afectación y narra de forma sencilla

que desea que en la actualidad espera que sus versos sean directos y asequibles al lector. Me sorprende cómo me cuenta que escribió el poemario ganador en una misión de paz en Irak.

Impresionada por la sensibilidad de escribir una poesía libre de violencia en un ambiente bélico. No puedo evitar recordar las noticias de aquella guerra mientras me va relatando cómo acompañaba sus poemas con comentarios al margen con versos de Antonio Machado.

Dejándome con la dicotomía de las imágenes de mi memoria de una caótica ciudad en guerra de Irak, Diwaniyah, que fue el germen de algo bello y vital como es un poemario merecedor del Collioure.

Mientras él sigue contándome que lo corrigió una y otra vez durante años, yo deseo leerlo porque el ser humano que tengo enfrente tiene mucho más que contar de lo que realmente muestra. El hecho de que buceando en las redes de forma casual en una página concurso apareciera uno con el nombre de Machado, esa señal de lo que el futuro le depararía.

Allí, de pie, de forma improvisada y con la aplicación de grabar de un smartphone transcurre la conversación relajada. De forma natural comparte conmigo que se dio cuenta de que la poesía sería su lenguaje. En el colegio sobre los siete años, de una redacción sobre el color blanco surgió un poema y del comentario caústico de un profesor -si no eres poeta súbete la bragueta- comentario natural de José que ilustra de donde salió el incentivo y el ánimo para seguir por el camino de la poesía como forma de expresarse.

Autodidacta y lector compulsivo creció como poeta y escritor ganando algunos premios literarios que, aunque él crea que tuvo suerte, solo son la consecuencia de que su talento se abrió paso entre las costuras del poeta que ya era.

Le pregunto por el boom de los talleres literarios, pregunta interesada puesto que el Laboratorio es un taller donde algunos de nosotros intentamos buscar en el lenguaje escrito una forma de evasión, y aunque él no fue a ninguno, no puedo dejar de preguntar por su opinión. Y alguien que ama lo que hace muestra su entusiasmo por cualquier forma o camino que lleve a que alguien se realice o se sienta mejor escribiendo ya sea narrativa o poesía. De forma apasionada defiende que promocionan la cultura y contribuyen a dar riqueza al mundo literario. No importa si el objetivo sea publicar o simplemente sentirse mejor.

Tengo curiosidad y quiero saber para el fanzine cuáles son sus escritores favoritos. Nos habla con pasión de León Felipe y no puede ocultar que le gusta leer a autoras como Ana María Cañizares, Marta Sanz o Marta Navarro. Autoras que me apunto.

Sus proyectos, que espero sean un éxito, son publicar «La selva en un cubo de Rubik» y el poemario premiado «Todos los días son lunes en Diwaníyah».

En una conversación entre dos extraños de apenas diez minutos solo puedo decir que mi impresión es de haber conocido a alguien que no solo admiro como poeta. Y de que diez minutos son muy poco para descubrir lo realmente importante de José Malvis.

AFTER HOURS

Por Héctor Pallás.

Siento el ácido lisérgico

ardiendo en mis venas como queroseno.

Yo no quería, pero ella ha insistido, ¡y qué demonios!, un día es un día. Me mareo, pierdo el equilibrio y siento la necesidad de ir al baño.

El pasillo de la discoteca se estrecha y me hace sentir como uno de los gérmenes de "Erase una Vez el Cuerpo Humano" penetrando en el tejido nervioso. Por un momento soy Dios y mitad demonio; soy Alien, el octavo pasajero y el tipo ese de Amanece que no es poco que brotaba del suelo.

Encuentro mis ojos al otro lado del espejo y me dicen: "Yo no quería pero ella ha insistido, ¡y qué demonios!, un día es un día". La música suena cada vez más lejana y a la vez más adentro, más fuerte y más intenso. Estoy de fuera hacia adentro, como una envuelta con un premio, de mano en mano, como la falsa moneda.

Despierto en un cajero, solo, borracho y apaleado. Como un perro callejero, sin chica, sin coche y sin dinero, deseando que todo haya sido un mal sueño.

"Yo quería, ella nunca ha existido, ¡y qué demonios!, es lo mismo de todos los días", me digo, mientras vuelvo a casa por la tarde de un domingo.



LETRA DETRÁS DE LA LETRA

Música y literatura han estado unidas desde siempre. Está claro que ambas expresiones artísticas pueden vivir y brillar por separado, pero bien es sabido que su combinación produce la simbiosis perfecta, donde acordes y palabras conviven en armonía para suspirarte emociones en la nuca. Cuando encuentras una canción completa, o mejor dicho, cuando ella te encuentra a ti, cada rinconcito de tu cuerpo despierta y se quita la cera de los oídos para escuchar mejor. Notas como la música llega a tu piel y la roza, pero no se detiene, sino hace un uso insolente de estrofas para cavar un túnel, abrir paso, horadar tu constante barrera superficial e invadirte con rotundidad y alevosía. Y es que si de algo saben la música y la literatura, es de derribar fronteras. Sin casi darte cuenta, una composición de apenas cuatro minutos está dentro, forma parte de ti haciéndote sentir, parar, pensar. Sentir, parar, pensar. Casi nada, ¿eh? Esas tres palabras pueden abarcar media vida y engloban suficiente fuerza para atacar a la otra mitad. Esas tres palabras, generadas únicamente a partir de una canción. Ese es el verdadero poder de la música y la literatura, su capacidad para influir y despertar a la gente, su capacidad para hacerte actuar. Y es por eso por lo que ha generado tanto miedo a lo largo del mundo en aquellos sujetos empeñados en mantener un sistema estanco, sin fisuras ni contradicciones, sin opiniones encontradas, sin apenas aire para respirar. En un sistema autoritario donde se persigue la creación artística, donde se pone límites a la imaginación y no permite expresarse libremente es un sistema muerto, solo apto para borregos y aburridos, nunca sé muy bien en qué orden.





Lo que no entienden los que forman estos regímenes es que no se puede poner vallas al aire y que prohibir la difusión de ritmos o palabras tiene tanta eficacia como intentar recoger todas las gotas de lluvia con un jarrón. El arte siempre encuentra grietas en el muro y tarde o temprano consigue penetrar.

Como no me gusta picar en ojos ajenos antes de haber explorado el mío, empezaremos por este nuestro amado país y su historia reciente. España, a pesar del intento actual de algunos por amordazar lo inamordazable, vivió años más duros de censura durante el periodo del franquismo.

Censura que se vio acentuada en las últimas dos décadas de la dictadura ya que Franco, siempre atento a preservar la moralidad y las buenas costumbres de nuestra beata sociedad, decidió endurecer medidas en un intento vano de evitar el progreso.

La censura tenía cuatro principales criterios de descarte: moral, religioso, político o social. Los trabajadores contratados no solo eran curas o adeptos al régimen, sino que también provenían de la censura literaria. Cuando comprendieron que la música bien podía constituir una ofensa para el sistema sistemísimo, les pusieron una jornada doble y a recortar palabras. Sin embargo, pasaba que para recortarlas primero tenían que verlas, y lo que es más difícil, entenderlas. Con esto se abría un pequeño resquicio por el que intentar burlar la censura y colarle un gol por la escuadra al mismísimo Franco.

Un gol, eso fue justamente lo que coló el grupo gallego Voces Ceibes con la canción Can de palleiro. El título hace alusión a la raza de un perro mestizo, rabioso y viejo, consciente de que iba a morir y de que ya no podría pegar ni morder. *Túa forte dentadura / virase abaixo. / Abaixo a dentadura, / abaixo a dentadura.* Nadie en el Ministerio pareció ver ninguna relación entre el perro y un régimen cada vez más decadente pero el público lo entendió, como si hubiese estado esperando, y coreaban el estribillo con energía en eventos como el del verano de 1976 en A Coruña.



Otro caso sonado fue el del cantautor filipino Luis Eduardo Aute y su tema Al alba. La letra fue escrita tras las últimas ejecuciones del franquismo, en septiembre de 1975. *Maldito baile de muertos. / Pólvora de la mañana. / Presiento que tras la noche / vendrá la noche más larga*. El autor quería expresar su repulsa y condena al régimen con esta gran metáfora de la última noche de los condenados. Los censores no lo vieron y Al alba se convirtió en todo un símbolo de la lucha y reivindicación.

Un caso más divertido fue el del grupo Cánovas, Rodrigo, Adolfo y Guzmán (CRAG).

Corren rumores que su famoso tema Señora azul no se refería a ninguna mujer malhumorada, sino a cierto hombrecillo gris que ocupaba lugares de poder ahí por el año de su publicación, 1974. *Desde la cima de tu dignidad / Vas a imponer tu terca voluntad*. Ciertamente es que los autores jamás han confirmado nada. Sí admitieron sin embargo la historia de amor lésbico que ponía letra a su canción María y Amaranta. *Temblando de un placer desconocido, / llenas de vida, hermosas y brillantes, / se juntaron dos gotas de rocío*. El tema pasó la criba porque los censores creyeron que sólo hablaba de estrellas. Bendita poesía.

La censura franquista mutiló no solo miles de composiciones españolas, algunas de las cuales no vieron la luz ni después del régimen, sino que también seccionó buena parte de nuevos sonidos internacionales que llegaban a nuestras fronteras. Ritmos como el pop, el blues o el rock, con sus incendiarias letras, eran muy peligrosos en aquella época y como tal, sufrieron salvaje guillotina en letras y portadas. Un buen listado de aquella quema se puede encontrar en el libro Veneno en dosis camufladas: la censura en los discos pop durante el franquismo del investigador gallego Xavier Valiño, en el que describe los entresijos de la poderosa máquina censora y arroja luz sobre algunos archivos que se salvaron de la hoguera.

Dentro de esa censura internacional, destacan casos como el de la canción *I'm waiting for the man*, de Lou Reed, que habla del encuentro con su camello en los suburbios de Nueva York y se salvó porque el censor dio por hecho que se refería a una mujer esperando a su amante. Otros temas pasaron dependiendo de artista que lo interpretase, como es el caso de *My sweet lord*, autorizado si venía de George Harrison pero vetado si lo cantaba Nina Simone. La razón fue la otra canción con la que la acompañaba en el disco, titulada *Today is a killer*. Separadas no significaban nada, pero la unión de ambos títulos llevaba a asociaciones poco devotas para el régimen. Sorprendentemente, la religión no fue el motivo por el que se censuró al principio a John Lennon, tampoco lo fue la política o su compromiso social, sino la balada sobre su boda en Gibraltar, tema delicado para el dictador y del cual no quería oír ni en la radio. Miles de casos pueblan la historia literaria y musical de este país, donde el uso de metáforas, parábolas y dobles sentidos ha permitido publicar ideas en un régimen abiertamente opuestos a ellas. En tiempos de atontamiento por síndrome de pantalla encendida y wasaps monosílabos, conviene recordar que hubo momentos en los que nuestra pericia y habilidad con las palabras burlaron al sistema.

En la antítesis de la censura se encuentra la creación y ésta se nutre de nuestras ansias de vivir, de sentir emociones y de encontrar el modo de expresarlas. Se nutre de nuestra sangre, de nuestro humor, de nuestro llanto. Estos atributos no van a desaparecer, no pueden desaparecer porque son los que nos mantienen vivos, los que nos levantan por las mañanas y nos mantienen en vilo a las dos de la madrugada. El arte nos quema en la piel. En la punta de los dedos, en el soplido de mis labios y en el suave movimiento del tu cuerpo al son. El arte nos quema y nos arde. Y si se empeñan en ponernos barreras que lo limiten, tendremos que hacer uso de todo nuestro arsenal de recursos para derribarlas.



Mi amor compartido

por Enrique Beleret

Querida tilde.

Desde que te conozco no hago otra cosa que pensar en ti. Recuerdo que nos presentò mi profesor de Lengua y desde ese momento supe que te necesitarìa siempre que cogiera un bolìgrafo. Cada vez que escribo medito sobre dònde ponerte.

Son ya tantos años, que cada vez reflexiono menos cuando lo hago. Està claro que no siempre logro acordarme de ti, pues hay muchas palabras que no siguen las reglas, o mejor dicho, que las siguen, pero no te necesitan. Me molesta mucho que no te recuerden cuando las letras se agrandan, pero yo sì que lo hago, ya que deseo siempre escribirte.

Eres el signo diacritico que màs me gusta y espero seguir así mucho tiempo, ya que creo que eres imprescindible en mi vida. Espero que cada vez haya màs personas que le gustes, aunque tenga que compartirte.

*Cuidate mucho y que la tinta
te acompañe.*

LA REGLA OLVIDADA

Por Enrique Beleret

Me llamo Doña Tilde. He sido bastante vapuleada a lo largo de los tiempos, pero siempre he logrado sobrevivir. Mi característica principal se ha fundado en el uso que han hecho de mí. Constantemente dejo que me utilicen, y de hecho me gusta que lo hagan, es más, si no lo hacen me siento triste y decepcionada. Eso sí, tienen que hacerlo correctamente. Otra de mis peculiaridades es que yo siempre voy encima, montada, de cualquier vocal. Unas veces necesito estar y otras desaparezco, porque siempre dependo de las reglas. También tengo muchas personas que me cuidan dentro de una academia.

Y otro montón de gente que les caigo genial y siempre me usan. Hay que gente que se equivoca y me siento triste de que no hayan podido hacerlo bien. Aunque también hay gente muy descuidada y le importa muy poco aplicarme. Pero cuando más me molesto es cuando gente que sabe, que controla, que debería ser educada conmigo, no lo hacen cuando manejan las mayúsculas. Una pena. Y todo ocurrió cuando hace muchos años inventaron unos artilugios que permitían escribir como las imprentas. Las personas golpeaban una tecla y un signo gráfico se marcaba en el papel. El problema venía con la tilde. Con las minúsculas no había problema.

Al contrario con las mayúsculas. El signo se machacaba con la vocal y no se veía. Así que los eruditos de aquel entonces, hace ya más de setenta años, decidieron y convinieron no ponerla con esas letras grandotas. Y así sigo. La gente se aprovecha, y ya lo tienen grabado en su particular personalidad. ¡Nunca la ponen! Y claro, rompen las reglas. Es más, se escudan en esa regla temporal. Ya no sé qué hacer para convencerles. Y es que deben utilizarme con todas las letras, y por supuesto las grandes. ¡Soy imprescindible! Dicen que ahora ya hay más conciencia. Esperaré las nuevas generaciones. Mientras tanto estoy demasiado triste. Y me voy de marcha con mis vocales. Las consonantes nunca me han necesitado.

El lado oscuro de...

L.P. Travers: (9/8/1899 Australia - 23/4/1996 Londres)
por María Carmona



Somos muchos los que, de niños, hemos soñado con la aparición repentina en nuestras vidas de Mary Poppins. Alguien que nos endulzara los momentos amargos con una cancioncilla pegadiza, que nos ordenara la habitación con magia o que nos llevara a bailar con pingüinos de dibujos animados.

Pamela Lyndon Travers, conocida como P. L. Travers, usando su nombre con iniciales para, como era costumbre

en la época, disfrazar su nombre de mujer, fue la creadora de la famosa niñera, cuya obra constaba de ocho títulos. Que Mary Poppins fuera más que una madre para Jane y Michel, los niños protagonistas de la película, nos lleva a la idea de lo dulce, carismática y mágica que podría ser Travers. Pero lejos de esas cualidades, era conocida por su mal carácter, autoritarismo y despotismo. Desligada emocionalmente de los que la rodeaban, nada hacía pensar que esta poeta podría ser la creadora de unos de los personajes más emblemáticos de Disney. Muchos vinculan este carácter a la temprana muerte de su padre con quien estaría muy unida. Pero tener una vida complicada no justifica que al adoptar al pequeño Camillus lo separara sin reparo de su hermano gemelo, a pesar de las súplicas del abuelo del niño a que adoptara a los dos. Eligió a Camillus por ser el más sano y fuerte; ni tampoco mentir haciéndole creer que era hijo biológico de ella y de un magnate fallecido.

Quien conoció bien su carácter fue Walt Disney, al que le costó dieciséis años conseguir los derechos de autor de Mary Poppins. Fue un dolor de cabeza para todos, impidiendo que la obra se realizara con fluidez. Su repulsa a las costumbres americanas junto con todo lo que sonara u oliera a Disney causaba problemas. Se negaba a que aparecieran dibujos animados, a las canciones y a un sinfín de propuestas. Todo ello quedó grabado, siempre que se reunían había un gramófono que registraba todo lo que en ella acontecía.





La relación con los productores fue tan mala que ni siquiera fue invitada al estreno de la película, a pesar de ello, consiguió una entrada y ser fotografiada con el elenco de protagonistas. Ojalá Mary Poppins hubiera puesto un poco de azúcar el día en el que Helen Lyndon Goff, nombre real de Travers, con tan solo siete años, tragó la píldora de perder a su padre.





MIL OCHENTA LUNAS
ENRIQUE BELERET

Su primavera no fue florida
y solo sus crujidos de estómago le indicaban
que era una víctima inocente
de una guerra sin sentido.
Sin duda eso le volvió fuerte,
lo suficiente como para tomar fuerzas
para el resto de sus estaciones.
Su verano reverdeció con dos retoños.
En su otoño se fue debilitando
y preparaba el calor del hogar
con el que calentar su invierno.
Y así lleva sólo noventa años.

Firmamos la Paz,
Begoña Pascual Paricio

En este preciso instante
en el que te estoy acariciando
en medio de la noche ,
redacto este poema
para ti , mi amor antiguo
y peleado compañero.
Nada nuevo busco sentir,
me gusta confirmarte,
comprobar que sigue ahí
tu cuerpo balsámico,
que nos sigue gustando
dormir uno dentro de otro,
que el hueco de tu axila
es perfecto para mi cara,
que bordeas mi cintura
al final de la batalla,
mientras se diluyen
los rencores del día ,
y con nuestras manos
firmamos la paz,
sin más testigo
que una sábana .



CASA TOZUDA


Teresa Palomo

Marisa soñaba con una gran casa. Imaginaba un lugar donde todo tuviera un espacio perfecto, una biblioteca para leer, un comedor espacioso donde invitar a toda la familia, una terraza acristalada con muebles de jardín y habitaciones para cada uno de sus hijos, decoradas según sus gustos.

Al entrar en su nuevo hogar no solo le pareció pequeña y vieja, además sintió que, en aquella casa, ella no era bienvenida. Una casa heredada de la madre de Tomás. No consiguió convencerlo para venderla y comprar una nueva. A él le parecía perfecta y nunca había necesitado hacerle ninguna reforma desde que él recordaba.

Resignada, se propuso transformarla en el hogar que deseaba. Empezó tirando los enseres antiguos y retratos de familiares que intentaba eliminarlos una y otra vez, pero volvían a aparecer empecinados en no abandonar sus lugares. Era una casa tozuda que se resistía a los cambios, no conseguía que ese gris o el amarillento de la pintura abandonara las paredes, por más que ella intentaba impregnar de color ese entorno sombrío. Por no hablar de los muebles que no acababan de encajar dónde ella los ponía. Parecía que los sillones crecieran o las habitaciones menguaran.





Medir esquinas y paredes era una misión imposible, las estanterías sobresalían y los cuadros se negaban a mantenerse colgados. En la cocina los electrodomésticos nuevos no acababan de funcionar. Marisa intentaba una y otra vez buscar muebles y objetos que no fueran rechazados por la casa. Sin darse cuenta, en la búsqueda de enseres que le encajaran a la casa recorrió todas las tiendas de decoración que conocía. Continuó con las de antigüedades y las de segunda mano, visitó rastros y mercadillos. Por fin encontraba aquella silla que no desapareció de la casa. Luego fueron los sillones de tapicería de cuero envejecido que no se movían de su sitio o mesas de café que no se cruzaban en el camino de sus espinillas. Una mantelería con bordados de flores o la cristalería de filo dorado ocuparon su espacio perfecto.

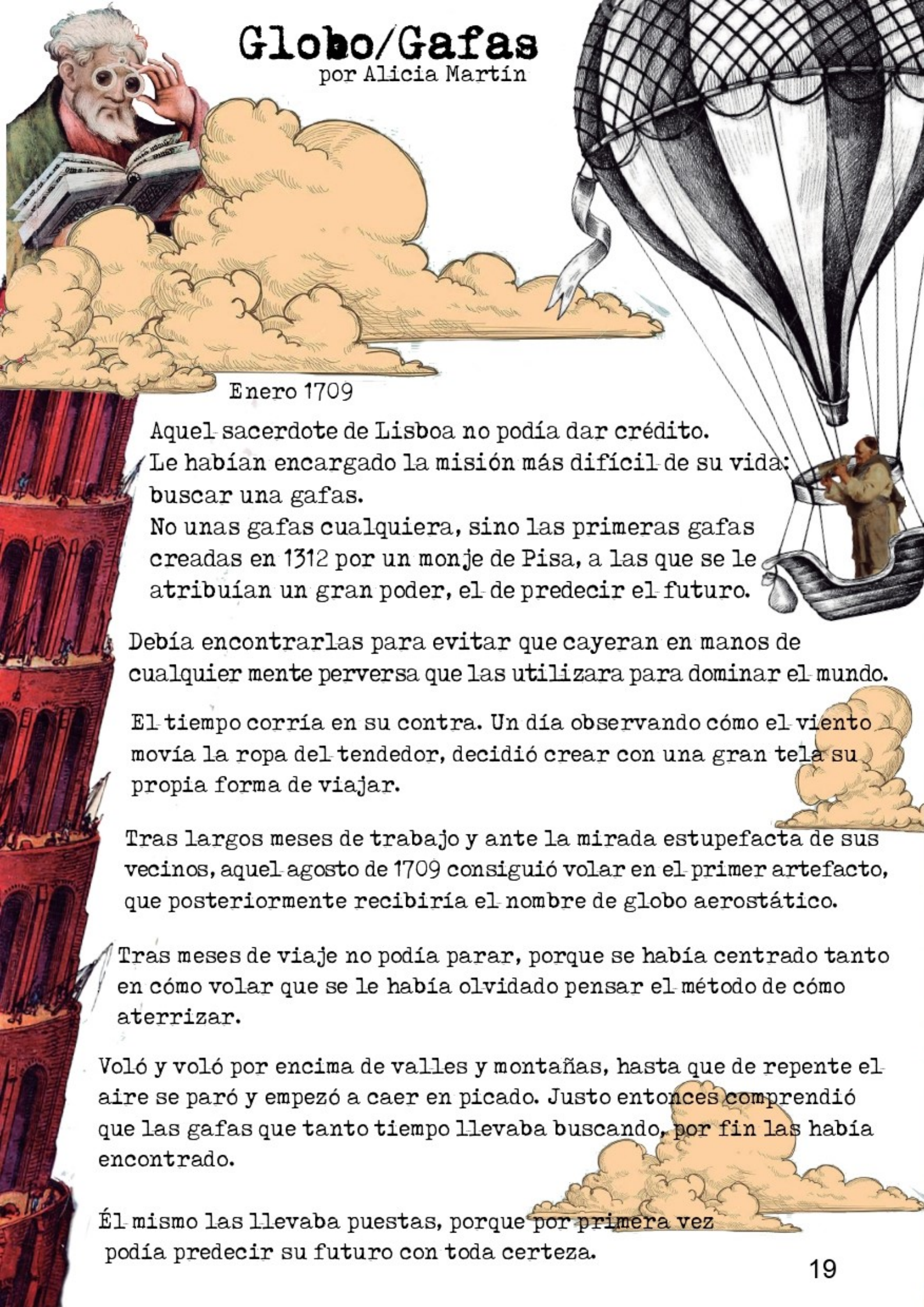
Hasta los electrodomésticos fueron cambiándose por neveras modernas y hornos de última generación con un encantador aire retro y los armarios de formica, de colores más cercanos al estado de ánimo de Marisa se acomodaron en la cocina de una casa que empezaba a soportarla. Como en la firma de un armisticio, poco a poco la casa fue completándose.

Una tarde Tomás levantó la mirada de la lectura y miró a Marisa que sentada en un coqueto sillón bordaba en un antiguo bastidor pañitos para los reposabrazos del sofá. Tomás, con el periódico en su regazo, contempló satisfecho a su mujer, mientras se deleitaba con los olores que llegaban desde la cocina, el aroma del pastel de carne y del pan recién horneado de su madre, que invadía toda la casa.



Globo/Gafas

por Alicia Martín



Enero 1709

Aquel sacerdote de Lisboa no podía dar crédito. Le habían encargado la misión más difícil de su vida: buscar una gafas.

No unas gafas cualquiera, sino las primeras gafas creadas en 1312 por un monje de Pisa, a las que se le atribuían un gran poder, el de predecir el futuro.

Debía encontrarlas para evitar que cayeran en manos de cualquier mente perversa que las utilizara para dominar el mundo.

El tiempo corría en su contra. Un día observando cómo el viento movía la ropa del tendedor, decidió crear con una gran tela su propia forma de viajar.

Tras largos meses de trabajo y ante la mirada estupefacta de sus vecinos, aquel agosto de 1709 consiguió volar en el primer artefacto, que posteriormente recibiría el nombre de globo aerostático.

Tras meses de viaje no podía parar, porque se había centrado tanto en cómo volar que se le había olvidado pensar el método de cómo aterrizar.

Voló y voló por encima de valles y montañas, hasta que de repente el aire se paró y empezó a caer en picado. Justo entonces comprendió que las gafas que tanto tiempo llevaba buscando, por fin las había encontrado.

Él mismo las llevaba puestas, porque por primera vez podía predecir su futuro con toda certeza.



HOMENAJE

A LAS MUJERES VALIENTES

MARÍA CARMONA

Inspiro y un intenso perfume a café me transporta a la cocina de mis veranos infantiles. En esas mañanas los ojos despertaban moviéndose con rapidez para seguir los grandes platos de tostadas calentadas en un asador, embadurnadas con kilos de mantequilla de diferentes tonalidades y acompañadas de enormes vasos de leche coloreada con chocolate. Todo ello bien dispuesto sobre una mesa cubierta con un florido hule.

Recuerdo las manos que lo recogían todo con brío, manos recias y mayores pero aún inyectadas de vitalidad. De nuevo, en una cocina, bastante tiempo después, tras decenas de desayunos como ese, mi abuela describe su inviable primer amor. Mientras él defendía la patria, se enviaban correspondencia en secreto y el amor nació sin ni siquiera un beso. Pero la obligación moral, inculcada por la época, le hizo seguir la voz de su progenitor y acabó con un marido rudo y sin escrúpulos. Esa decisión le llevó a noches en vela cosiendo ropas, caminatas por polvorientos caminos bajo un calor **infernol** mientras transportaba alfalfa sobre la nuca. Su **vida** dejó de pertenecerle y dedicándose con exclusividad a **complacer** a los que la rodeaban, trabajaba sin descanso día tras día.



Horas llenas de locura, gritos, golpes, amenazas, indiscutible falta de afecto. Ochenta años dedicada a servir a los demás, empezando por sus padres y terminando por los hijos de sus hijos. Pero el tiempo se agota, recordando cada día con más intensidad su primer amor, aquel que no pudo ser por falta de libertad, por bailes llenos de madres y padres observando hasta el más mínimo pestañeo de sus infantes. Una época donde besar era pecado mortal, abrazar símbolo de falta de decencia y sentir estaba penado con dolorosas acusaciones. Y hoy, cuando ya está libre de todo lo que le volatilizaba la felicidad, su cerebro decide olvidar todo cuanto vivió, todo lo que sintió, y hasta las caras de los que una vez tuvo en su vientre, excepto a él. Ahí está, sentadita en su butaca, meciéndose con delicadeza. Matando el tiempo que le mata mientras se inventa historias fantásticas y maravillosas, cambiando el guión de su historia personal, eligiendo los actores principales que le devuelven lo que le fue despojado: la elección de cómo y a quién amar.



Adela no observó a ningún viejecito de paseo por los jardines. Soplaban el cierzo. Los árboles se movían como una bandera ondeando al viento. Tampoco divisó a ninguna monja en el exterior de los edificios. “Deben estar rezando. O puede que estén haciendo compañía a las personas mayores, en cuartos diferentes, con actividades diversas”, pensó.

Le gustaba mirar desde la ventana esos jardines tan bien cuidados, con palmeras, abedules y olivos, de gran porte, pero sobre todo en los días de cierzo cuando sus ramas se agitaban con violencia. Todas las mañanas Adela sacaba la mano por la ventana. Así decidía que se iba a poner antes de salir de casa, sobre todo en invierno. Bufanda o pañuelo, abrigo o cazadora. Una manía que había arrastrado durante toda su vida.

Ese día, cuando iba a retirarse de su mirador particular, algo la detuvo. Una mujer mayor se acababa de sentar en un banco de madera, ubicado casi debajo de un abedul, en el camino de piedra que conducía al portalón de la entrada. Con su mano izquierda sujetaba un móvil por el que parecía que hablaba, con la derecha sacó un pañuelo y se lo pasó por los ojos. Estaba llorando.

Le dio tanta pena que cerró la ventana de “la habitación de las monjas” -como llamaban Adela y su marido a ese cuarto de la casa-, para no avasallar la intimidad de la mujer. No le dio tiempo a percibir que ella también la había visto.

Magdalena se secó las lágrimas con un pañuelo que había sacado del bolsillo derecho del abrigo. Su hija María le acababa de contar que a su yerno lo habían echado de la empresa. Entonces reparó en una mujer joven que la miraba desde una ventana del segundo piso de la casa de enfrente y acto seguido la cerraba. Ella continuó hablando por el móvil con su hija. Para Magdalena la mala noticia no era que su yerno estuviera en el paro sino que María le confesó que necesitaban dinero. Le contó que no habían sido previsores y que no habían ahorrado nada mientras los dos trabajaban. Ahora con un sueldo menos, la hipoteca del piso y dos hijos en la universidad....

Su hija le pedía, le rogaba, que volviera a vivir con ellos. María era peluquera y su sueldo no era muy boyante, pero completaba el de su marido Juan. La situación del matrimonio se había mantenido desahogada durante bastantes años.

Al morir su padre, María decidió que su madre se fuera a vivir con ellos y sus dos hijos pequeños. Magdalena vendió el piso familiar para que su hija pudiera comprar un piso con tres dormitorios, uno más de los que tenían en aquel momento.

Magdalena ocupó uno de esos tres dormitorios hasta que los niños se hicieron mayores y quisieron tener habitación propia.

Entonces empezaron las diferencias y las riñas. La abuela les estorbaba, tanto a los padres como a los hijos. María y su marido volvieron a decidir el futuro de Magdalena: "Estarás mejor en una residencia. Las monjas te cuidarán. Podrás charlar con gente de tu edad. Te iremos a ver a menudo. No tendrás problema para pagarla porque tienes la pensión de viudedad máxima."

Magdalena se resignó y pensó que así se acabarían las riñas.

Los primeros meses sufrió mucho. Se encontraba muy sola.

Poco a poco se acostumbró a su nueva vida. Su habitación era pequeña, pero luminosa. Casi todos los ancianos eran agradables. Había uno con el que se sentía especialmente a gusto. Las monjas los trataban muy bien. Veía a sus nietos de vez en cuando. Con María hablaba a diario por teléfono. Su hija la llevaba una vez a la semana a dar un paseo y a merendar cerca de la residencia.

María recordaba esos paseos con una clienta a la que teñía el pelo. La clienta le había contado los problemas que tenía por vivir lejos de su madre. La peluquera le contaba que desde hacía dos meses paseaba más a menudo con la suya. Iban a cafeterías diferentes y alguna vez a visitar a sus amigos de la residencia.



Su madre -seguía explicando la peluquera- había querido volver a vivir con ellos porque le hacía mucha ilusión estar cerca de su hija y de sus nietos. “Estaba harta de la residencia, de las monjas y de los ancianos”-, agregó.

El único problema para María fue que tuvieron que acomodar el salón para que su madre pudiera dormir en él. Sus hijos necesitaban un dormitorio cada uno para estudiar. Estaban en la universidad. Tampoco podían ver la tele hasta muy tarde, pero se compraron una pequeña para la habitación. Su madre les había ofrecido parte de su pensión y ahora que su marido se había quedado en paro...

La peluquera se dispuso a cortar el pelo de la misma cliente, una mujer joven que la escuchaba con atención. Esta le preguntó en qué residencia había estado su madre. Y le informó de que ella vivía enfrente de la de “las monjitas”. María se sorprendió de la coincidencia. Era la misma en la que había vivido su madre. La cliente le explicó que parecía que trataban muy bien a los ancianos, que los edificios estaban muy cuidados, así como los jardines.

La puerta de la peluquería se abrió para dejar paso a una señora mayor que iba a que la peinara su hija. Magdalena saludó de lejos a María y se acercó hasta ella. La peluquera le presentó a su madre a la cliente.

-Me ha dicho su hija que ha estado en la residencia de “las monjitas”. Yo vivo en la casa de enfrente, en un segundo piso. La que tiene los balcones blancos. Me gusta mirar los jardines por la ventana y sacar la mano para saber qué tiempo hace-, le explicó Adela a la madre de la peluquera.

-Viví allí durante varios años hasta hace dos meses. Fue una época bonita. Creo que alguna vez te vi asomada a la ventana-, contestó Magdalena.

Las dos se miraron, se sonrieron. Adela le dio dos besos a Magdalena, le dijo que estaba encantada de conocerla y que si alguna vez volvía por allí le hiciera una señal y bajaría a charlar con ella.

María se estaba poniendo nerviosa. No había terminado de cortar el pelo a Adela y quería peinar a su madre. Su jefe se iba a enfadar.

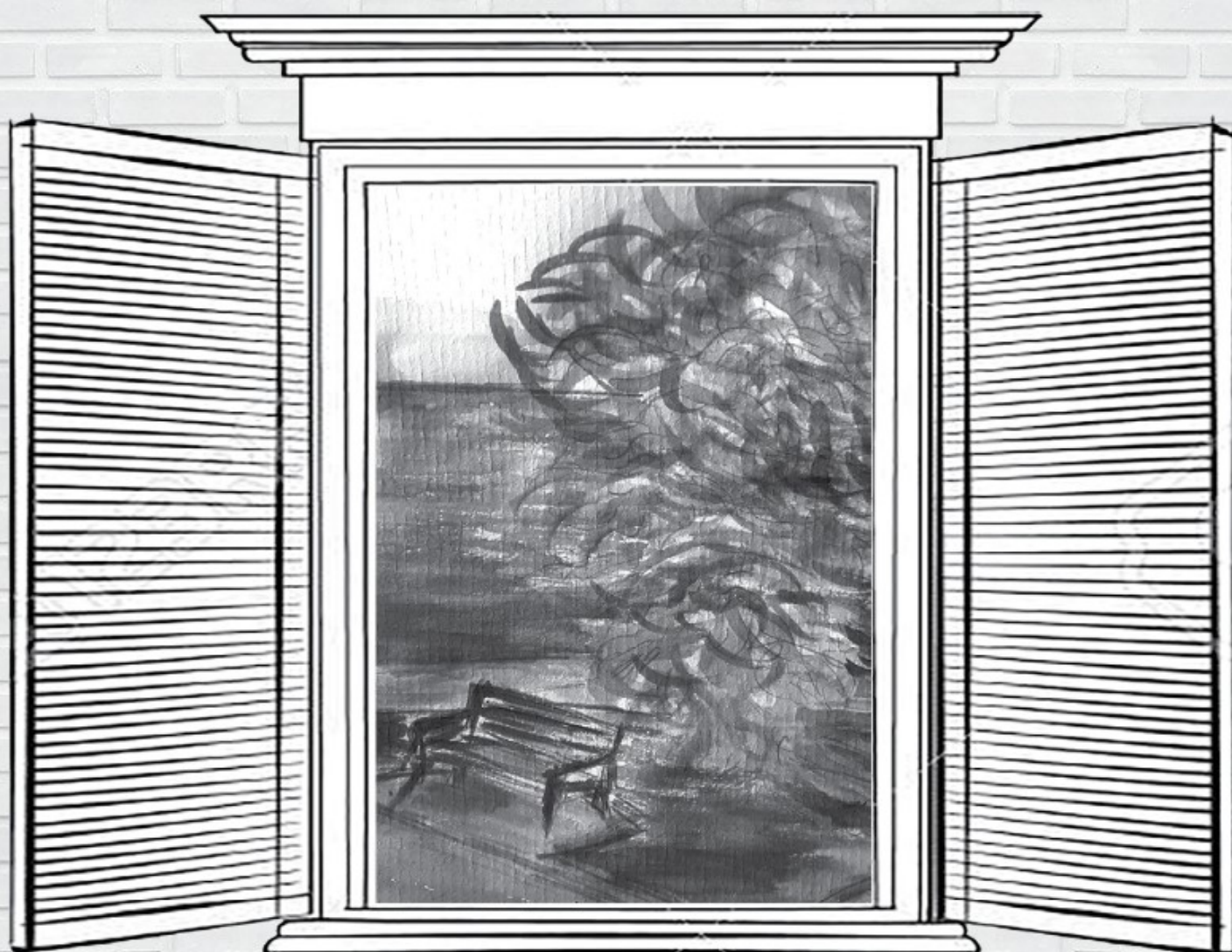
-¿Os habíais visto alguna vez?-, le pregunto la peluquera a la cliente.

-No lo sé. Puede que la haya visto alguna vez desde una ventana de mi casa. Una que mi marido y yo llamamos “la habitación de las monjas” porque desde ella se ve toda la residencia-, le contestó Adela.

Lo que no reveló Adela a María es que estaba segura de que era la mujer que una vez observó cómo se limpiaba los ojos llorosos, justo hace dos meses, y que eso la dejó un poco inquieta. Ahora sabía porque había llorado, pero también que no estaba enferma y que no debía ser feliz.

Amanda G. Miranda

Zaragoza, 2 de mayo de 2018



NADIE ME DEJA MUDO como tú

BEGOÑA PASCUAL

Nadie me deja mudo como tú,
tan lleno de palabras sedantes
siempre adentro de tu alforja.

Como gotas de lluvia
caen lentas a mi tejado
de tierra porosa y sedienta

Si no te contesto
es porque como a los caramelos
les sigo dando vueltas.

Tengo tu sabor en mi boca,
todo el alfabeto de tu corazón
juguetea en tobogán por mi lengua.

La cigüeña

por Ada Menéndez



A algunas personas
nos ha parido la cigüeña.

Llegamos al mundo
sin padre,
sin madre,
sin hermanos ni hermanas.

Y nos vamos
sin hijos,
sin nadie alrededor,
sin plañideras.

Vamos como vinimos.

Visualizaría otro futuro,
pero algunas personas
nos tenemos por familia
a nosotras mismas

y a todo lo que quepa
en el metro cuadrado
que nos recoge.

*Fotografía: Javier Jimeno Maté

IRISA

PEPA PARDO

Le he pedido a Daniela que me saque a la terraza. Me gusta ver el parque, escuchar los juegos de los niños y sentir la piel tibia al contacto del sol. Aunque hace un día de primavera cálido, yo necesito cubrirme las piernas con una manta, pues apenas me llega la sangre a los pies. Hay días que se me ponen azules. Me hace bien oír las risas. Una pequeña con dos trenzas ha descubierto que puede correr. Y correr por primera vez es maravilloso. Es tan bueno que la niña no deja de reír y agitar los brazos mientras corre, y consigue que yo corra con ella desde aquí. Me gustaría ser capaz de reír igual de fuerte, pero Daniela pensaría que además de vieja estoy loca. Cierro los ojos y acompaño esa risa y esa emoción de primera vez mientras dejo que el sol me ilumine la cara.



EL SUEÑO DE MARY SHELLEY

POR ROSA LIDÓN



"Mis sueños me pertenecían por completo; eran mi refugio cuando estaba aburrida, mi mayor placer cuando me encontraba bien", escribió Mary Shelley en su introducción a la edición de 1831 de Frankenstein.

Nos pasamos un tercio de nuestra vida durmiendo inmersos en el mundo de los sueños, un mundo al que pertenecemos y que en la actualidad carece de una utilidad más allá del descanso. Son pocos los que conocen que el origen de los hospitales actuales fueron los Templos del Sueño de la antigüedad, inspirados por Esculapio; lugares de peregrinación en los que se buscaban respuestas a través de la fuerza curativa que los sueños tienen en nosotros. Incluso la vara del dios Esculapio, en la que se observó una serpiente enroscada, se adaptó al caduceo, manteniéndose como símbolo de curación.

Los sueños son la llave onírica que conecta nuestro mundo físico y consciente con nuestro espacio subconsciente, una fuente de información ilimitada para el desarrollo de nuestra vida y nuestra inspiración creativa. Cuanto más profundizamos en ellos, más desarrollamos nuestro potencial. Si nos preguntamos por el objetivo principal de los sueños, llegaremos a la conclusión de que su finalidad es la de ayudarnos a revolver problemas

y conflictos de todo tipo. Como explicó el premio Nobel Albert Gyorgi: "Mi trabajo no acaba al levantarme de mi mesa de estudio por la tarde, sino que estoy dando vueltas a mis problemas todo el tiempo y mi cerebro no cesa de pensar en ellos cuando duermo... y al levantarme encuentro claramente las respuestas que el día anterior se me habían resistido tanto".

Si nos centramos en la Literatura descubrimos que son muchos los autores que atraviesan el umbral utilizando la llave mágica que proporciona historias increíbles. Entre ellos encontramos a Mary Shelley, nacida en 1797, fue la autora de la primera novela de ciencia ficción de la literatura universal: Frankenstein o el Moderno Prometeo, la cual fue inspirada por un sueño, información que conocemos gracias a las palabras capturadas en sus diarios:

"Estoy sola. Como en las páginas de mi libro, he venido hasta los confines helados del Universo para encontrarme con la horrible criatura que mi imaginación concibió.

Pero donde no hay sombras, los monstruos no existen.

Sólo la memoria perdura más allá de los límites de la imaginación". ¿Podemos nosotros utilizar esta herramienta creativa? Aunque no comprendamos como funcionan, tenemos una media de seis sueños cada noche, por lo que disponemos al alcance de nuestra mano de ese enorme almacén de conocimientos e ideas por el mero hecho de ser conscientes. Como dice Edgar Cayse, el gran psicólogo americano, "cada vez que nos marcamos objetivos y mantenemos firmes nuestros ideales, los sueños nos ofrecen su guía y su ayuda." Para sumergirnos en el mundo onírico, la manera más sencilla de obtener respuestas consiste en escribir, antes de meternos en la cama, una pregunta concreta. Memorizar la pregunta y repetirla mientras nos quedamos dormidos, sin olvidar tener a mano papel y bolígrafo para anotar la solución o la inspiración cuando aparezca. Emplear esta técnica con regularidad abrirá un camino que facilitará de forma gradual un acceso más rápido a la intuición reveladora que nos permita regresar con buenas ideas, y quién sabe, quizá con ideas brillantes,

este será el inicio de nuestro diario de sueños. Los sueños son siempre fascinantes, con ellos nunca se sabe qué va a pasar, pero siempre nos revelarán algo interesante, por lo que lo mejor es empezar este viaje con una mentalidad abierta. Como decía Talmud: "Un sueño que no se comprende es como una carta que se deja sin abrir".



**"EL SUEÑO,
DE LA RAZÓN
PRODUCE
MONSTRUOS"**

I-NÚ-TIL

PEPA PARDO

¿Eres capaz de mostrarme
el destello profundo
de un error fugaz?
¿A qué sabe?
¿A menta?
¿Y el espejismo inabarcable
de mis desvaríos
en los caminos frondosos
de los sueños?
¿A qué huele?
¿A cerezas?
¿Me acompañas
al ojo de mi tormenta
a embellecer la tempestad?
¿A qué suena?
¿A nana?



REYES MAGOS 2019

por Enrique Beleret

Queridos RMM de Oriente. No sabía muy bien si aparte de escribiros a vosotros, lo hiciera también a Santa Claus. Pero al momento comprendí que únicamente vosotros podías hacer realidad mi deseo, es decir, que si hay alguien capaz de hacerlo sin duda sois vosotros, y hubiera sido muy difícil para Papá Noel. Necesito una potente magia ya que mi caso es algo extraño, pero a pesar de que ya no os escribo por razones obvias sigo confiando plenamente en vosotros.

Este año, como todos, sigo deseando salud, alegría y sueños para mí y mi familia, pero también deseo algo para todos los españoles. Sé que todo el mundo te pide paz, que también te lo pido yo, pero este año quiero rizar un poco el rizo. Me gustaría que enviarais una carta muy clara a todos los organismos e imprentas de mi país. ¿Habéis observado que casi nunca tildan las letras mayúsculas? Y si sólo se vieran en los carteles de las tiendas, pues aunque me indignara podría llevarlo más o menos bien. Pero, ¿te has dado cuenta que todos los carteles oficiales del «GOBIERNO DE ARAGON» obvian la tilde de nuestra hermosa tierra? Siempre me entristezco cuando paso y los veo, y lo que es peor, nadie hace nada. El otro día busqué información y entre otras cosas me pasé por la RAE y encontré esto.

Tilde en las mayúsculas

Las letras mayúsculas deben escribirse con tilde si les corresponde llevar tilde según las reglas de acentuación gráfica del español, tanto si se trata de palabras escritas en su totalidad con mayúsculas como si se trata únicamente de la mayúscula inicial:

Su hijo se llama Ángel.

ATENCIÓN, POR FAVOR.

La Real Academia Española nunca ha establecido una norma en sentido contrario.

La acentuación gráfica de las letras mayúsculas no es opcional, sino obligatoria, y afecta a cualquier tipo de texto. Las únicas mayúsculas que no se acentúan son las que forman parte de las siglas; así, CIA (sigla del inglés Central Intelligence Agency) no lleva tilde, aunque el hiato entre la vocal cerrada tónica y la vocal abierta átona exigiría, según las reglas de acentuación, tildar la i.

¿Creéis que podéis ayudarme? Bueno, de cualquier forma lo primero siempre es salud y paz, así, en grandes cantidades. Pero si os queda algo de magia, por favor, mandad esa carta a todo el mundo. Recibid un fuerte abrazo de vuestro amigo. Kik.

P.D.: Los tres sois geniales, pero decidle a Baltasar que siempre ha sido mi favorito.



AMO & ESCLAVO

ROBERTO MALO



- ¿me llamaba, señor?

- ASÍ ES.

- usted me dirá, señor.

- QUIERO QUE ME MATES.

- ¿qué, señor?

- HE DICHO QUE QUIERO QUE ME MATES.

- pero... ¿por qué, señor?

- QUIERO MORIR, ESO ES TODO. ESTOY CANSADO DE MANDAR.

- ¿cansado? ¿cansado de mandar?

- ASÍ ES.

- no le entiendo, señor.

- TU DEBER NO ES ENTENDER, ES OBEDECER.

- pero...

- ¡OBEDECE!

- no creo que pueda, señor.

- SÍ QUE PODRÁS. DEBES HACERLO.

- ¿cómo, señor?

- COMO QUIERAS. PERO HAZLO RÁPIDO. CON LA PISTOLA DEL PRIMER CAJÓN... O COMO QUIERAS

- pero señor...

- NADA DE PEROS.

- no me puede pedir eso, señor. yo no soy un asesino.

- ERES UN ESCLAVO. Y UN ESCLAVO HACE LO QUE LE MANDA SU DUEÑO.

- pero señor, no le puedo matar así, a sangre fría...

- ¿POR QUÉ NO?

- no soy un salvaje, señor.

- PUES APRENDE A SERLO.

- señor, no es justo conmigo.

- YA LO SÉ. TAMPOCO LO SOY CONMIGO MISMO. PERO SOY EL AMO Y SE ME DEBE OBEDECER.

- no es tan fácil, señor. son muchos años a su servicio...

- LO SÉ. SOY UN VIEJO... Y DEBO MORIR.

- yo también soy viejo, señor.

- LO SÉ, Y VAS A MORIR COMO NO ME MATES.

- ¿y si lo mato, señor?

- PUES MORIRÉ YO. ES EVIDENTE, ¿NO?

- sí, señor.

- BIEN, ¿QUÉ VAS A HACER?

- lo voy a matar, señor.

- ESO ESTÁ BIEN.

- ¿de verdad, señor?

- CLARO QUE SÍ. ME HARÁS MUY FELIZ.

- no estoy seguro, señor.

- YO SÍ.

- ¿no bromea, señor?

- CLARO QUE NO. SERÍA LA PRIMERA VEZ.

- eso es cierto, señor. usted nunca bromea.

- POR SUPUESTO QUE NO.

- pero de todas formas parece una broma, señor.

- YA BASTA. TOMA LA PISTOLA QUE HAY EN EL PRIMER CAJÓN Y MÁTAME... ¡VENGA! ¡TÓMALA!

- ¿ésta?

- SÍ. ÉSA ES.

- no puedo disparar, señor.

- APUNTA Y DISPARA.

- no puedo, señor.

- ¡APÚNTAME!

- pero...

- ¡APÚNTAME!

- bueno...

- BIEN. ASÍ ESTÁ BIEN. AHORA DISPARA.

- no me pida eso, señor.

- ¡DISPARA!

- ¡no puedo! ¡no! ¡no puedo!

- ¿QUE NO? PUES TRAE AQUÍ EL ARMA... ¡Y TOMA PLOMO, IMBÉCIL, POR NO OBEDECER...! ¡TOMA, TOMA, TOMA...! ¡PARA QUE APRENDAS!



Soledad

por Montserrat Ruiz Bonet

Frente al espejo de una habitación de hotel se maquilla. Ya ha elegido el vestido y los tacones que se va a poner. Una vez terminado el ritual suspira aprobando el resultado, ya ni se acuerda de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez.

Hoy, en esta ciudad llena de desconocidos, se atreve a ser. Mañana con la luz del sol, el farsante volverá.

Será de nuevo el hijo, el hermano, el marido. Aquél a quién todos quieren y creen conocer, pero que, en realidad, nunca fue.

CALLEJEANDO ENTRE MUJERES


ANA LAGA

b

María se levanta sin apenas dibujar su perfil en el colchón. Aun así se siente eléctrica y dirige sus pasos hacia la cocina para calentar la leche. Al pasar por la puerta de la sala observa la silueta de su mesa de trabajo y sobre ella, descárada, la caja de la letra "B" un poco entreabierta. Incapaz de reprimir la fuerza vital que la une a ella se acerca observando meditativa la tarjeta que espera para esa "última revisión final", o eso se asegura ella. Aunque para ser franca hace tiempo que olvido cuando empezó esa inagotable revisión.

Con un gesto estudiado durante tantas noches de eternas danzas entre letras, toma la tarjeta que la tienta desde la caja. Para paladear cada fonema con la punta de su lengua: "Biblioteca", nota el caer de la lengua sobre sus dientes en la "a" final y comienza a leer la definición. Sus pensamientos siempre ordenados, colapsan, esa palabra significa tanto para ella. Atenaza su corazón llegando casi a estrangularlo. Incapaz de contenerlos, sus recuerdos irrumpen en la sala iluminando todo con el sol del mediterráneo.

La llevan a la vibrante Valencia del treinta y tres donde ella ya pasaba la treintena. Recuerda la risa de los niños, en esta ocasión no eran los suyos. Se encontraba en un pueblo con alguna compañera de las misiones pedagógicas en una de las innumerables inspecciones que realizaron esa época. Disfrutaba con esos ojos ávidos de trincar alguno de los nuevos libros que pronto María dispondría en el armario-biblioteca de la casa comunal. El ansia de saber reflejada en esos rostros transparentes, reafirmaba su propio propósito vital, inculcado desde la infancia en la escuela libre de enseñanza donde se orló, María siempre deseo dar alas a la cultura, logrando llevarla a los rincones oscuros del saber de esa España nuestra. Y para ella el engranaje motor de todo siempre sería la Biblioteca. No entendida como algo estático o normativo sino como un centro vivo y abierto. Algo que intento plasmar en su pequeño libro "Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas".



Aún se emociona al pensar en su intervención durante el Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Se esforzó por infundir parte de ese entusiasmo entre sus compañeros, tenían tantos proyectos, tantas cabezas deseosas de aprender.

Un pinchazo hondo le exige sentarse, golpetea la mesa con la tarjeta de forma automática. A pesar de los diques emocionales que con esfuerzo creamos para cercar los recuerdos, estos son tan obstinados que siempre encuentran una rendija por donde traspasarte. Al ver como una de las esquinas de la tarjeta comienza a doblarse, para y empieza a estirarla de forma compulsiva, enfadada por su debilidad. Total, de todas esas historias hace más de treinta años y ya pagaron bien caro aquel atrevimiento. Después de las misiones quedó un breve periodo al frente de la oficina de Adquisición de libros donde logró comprar 433.000 volúmenes en tan solo doce meses. Pero luego llegó ese despiadado festín de locos que arrasó con toda la luz y enterró bien en el fondo los sueños, sembrando dictadura.

María aprieta bien fuerte el entrecejo, hundiendo las lágrimas que nunca nacerán de sus ojos, porque si hay algo que caracteriza a una Aragonesa es la tenacidad. Así que guarda esa tarjeta con retazos de su memoria y retoma la revisión donde hace apenas unas horas la ha dejado. Olvidando desayunar como en tantas otras ocasiones en esos dieciséis años que lleva elaborando su diccionario, porque pueden amontonar mucha tierra sobre tus sueños pero eso solo implica cavar más tiempo para sacarlos, y ella, María Moliner, tenía claro que su sueño era expandir el poder del conocimiento.

"Jamás he podido olvidar aquellos días en que intentamos transformar nuestro pobre país con el arma más poderosa que todas, la cultura".

María Moliner en referencia a las misiones pedagógicas de la II República.

El ardor de la viuda

TERESA GÓMEZ



Viuda desde muy joven, con una nieta a su cuidado y viviendo en una comarca tan pequeña, pensó que nunca la volverían a amar. Pero en todas las villas existe un galán y en la pedanía donde vivía Helena lo conocían como Felipe.

La zona estaba habitada por menos gente que los alumnos matriculados en cualquier colegio de ciudad. Si bien, la población crecía en épocas estivales, durante los meses de invierno eran tan pocos los que transitaban por las calles que era imposible salir y no saludar. Todos se conocían.

Helena, recién cumplida la veintena, se vio obligada a compaginar las trabajosas labores del hogar con el oficio de costurera por encargo. Durante algo más de una década se sintió transitar entre una pérdida y otra; primero la de su esposo, un accidente mientras trabajaba en la tala de árboles, apenas varios años después de casarse; y, más adelante, la de su única hija que, aunque no se la llevó la muerte, sí desapareció con los mismos efectos, desentendiéndose de su prematuro bebé y de su respectiva madre. Ésta dejó atrás a su única familia junto al eco del sombrío bosque que rodeaba el pueblo. Poco más mencionable había en el lugar. En cualquier caso, nada que impidiese a la despreocupada chica marcharse, sin volver a mirar hacia la monótona espesura que dejaba a sus espaldas.

Así las cosas, la joven abuela de la casita de ladrillos colorados fue recibiendo los garrotazos de la vida con la fuerza y lozanía que la necesidad de seguir comiendo otorga a la voluntad, sin detenerse nunca mucho en el duelo por las ausencias. Sin embargo, las sucesivas desgracias que integraron el guión de su vida marcaron su bellissimo rostro antes de tiempo. Las arrugas surcaban su perfil y ella las recalca con el negro de un luto que no abandonó jamás.



En oposición a su **atuendo**, desde la marcha de su hija, insistía en ataviar a la nieta con las **ropas** de colores más vivos que ella misma confeccionaba y, ya desde la adolescencia, con una gruesa capa roja con capucha, que acabaría por rebautizar a la niña en honor a la **inusual** prenda.

Crió a la **conocida** como Caperucita roja con la **misma** energía que a su propia hija, pero con más experiencia y menos pesares. Para cuando nieta y abuela se **repartían** las faenas, la viuda ya compartía cama y pecados con el insaciable galán que provocaba las calenturas de todas las mozas del pueblo y sofocaba tanto las de **éstas**, como los ardores **más** exigentes y maduros de Helena. A Felipe no se le sabía oficio conocido, aparte de andar todo el día de casa en casa con alguna parada a medio camino en el **bosque**. Mancillaba cuanto honor encontraba a su **paso**, no topando jamás con resistencia **alguna** a sus bajos impulsos, tan solo algún fingido lamento que escapaba de la boca de una acalorada doncella, más por decoro que por ganas, en forma de susurro. Cuando **cesaban** las arremetidas que magullaban la espalda de la doncella contra el **árbol**, el feroz Felipe se **desentendía** de su cuerpo, sin contemplación ni cariño, devolviendo sus faldas a la posición correcta.

Sin embargo, los encuentros con **Helena** siempre fueron distintos, más amables y menos automáticos. Era tal el calor que la **viuda**, toda la vida empeñada en el trabajo, albergaba en su interior "sin **haberle** dado salida", que hasta el enérgico joven tenía que afanarse cuando de **saciarla** se **trataba**. Eran **visitas** programadas, siempre por ella, orquestando todo lo demás para garantizarse un par de horas a **solas**. Así, mandando a Caperucita al **mercado** o algún otro cometido lejos de la casa, se procuraba un espacio en el que poder sofocar sus calores con Felipe. Si en el pueblo **alguien** lo sabía, nunca nadie lo comentó, como tampoco mencionaron las correrías **con** las otras chicas. Seguramente por el miedo a que, al exponer tan indecorosa **actitud**, la vergüenza obligara a más de una familia a repudiar a sus hijas al reconocer su **comportamiento**.

Preferían, pues, no mencionar nada al respecto.

Fueron muchas las cosechas durante las cuales la lozana abuelita y el chico revolvieron las sábanas de la cama de la casita roja. Felipe, que tenía en la viuda a su más completa amante, no parecía reparar en los signos que el paso de los años dejaba en ella. Así fue hasta que un día, de vuelta a casa, se topó a lo lejos con la capa carmesí de Caperucita. A escondidas, al abrigo de la complicidad que le procuraban los árboles del bosque, reparó en su figura. Sin darse cuenta, mientras seguía con la mirada cada nueva redondez del cuerpo de la chiquilla, su fatigado cuerpo después de una concienzuda mañana de sexo respondió a lo que veía con una inusitada energía como si nunca, y menos aún minutos antes, se hubiera derramado dentro del cuerpo de una mujer. Tan sorprendido como excitado, y sin apartar los ojos de la chica que buscaba níscales en la zona más húmeda del bosque, con brío y casi con violencia, se alivió en silencio sin que Caperucita reparara en él. La indecente escena se repitió cada vez con más frecuencia. La chica, cuyos cabellos escapaban desafiantes por los bordes de una capucha roja, parecía ser inmune a los encantos del galán. Ensimismada como andaba siempre en fantasías y ensoñaciones durante sus paseos por el monte y, por muchas veces que éste procuró hacerse el encontradizo con ella, no parecía prestarle la más mínima atención, más allá del saludo y los breves diálogos que rigen las normas de la cortesía. Mientras tanto, el deseo del joven por ella iba en aumento hasta el punto de convertirse en el único cuerpo en el que focalizaba todas sus pretensiones. Siguió acudiendo durante un tiempo a las citas con la fogosa abuelita, más por aplacar sus ansias que por verdadero deseo. Nieta y abuela poseían unos rasgos tan parecidos que, aunque aliviaban su obsesión, tener que conformarse con la versión marchita de las dos bellezas se terminó tornando en rencor. Odió a Helena. Ella, tan vigorosa, con tantas ganas de él. Y la otra, la que de verdad ansiaba poseer, tan lejos de su alcance.



No estaba acostumbrado a recibir un no por respuesta y, cuando estas negativas se hicieron habituales durante los intentos de acercarse a la nieta, comenzó a volcar su frustración sobre la cama de la mayor de ellas, con una agresividad y violencia que ésta le desconocía. Hacía más de diez años que compartían sus apetitos sin recato, conociendo los gustos más secretos el uno del otro; desde que Felipe era apenas un imberbe hasta ahora, que tanto su cuerpo como sus necesidades físicas habían crecido en la misma proporción, jamás se había comportado así con ella. La dañaba cada vez más, la maltrataba y, donde antes dejaba marcas de pasión y besos demasiado enérgicos, quedaban ahora moratones y señales de caprichosos golpes. El temor que empezó a sentir por él desplazó precipitadamente la pasión que hasta entonces la llevaba a procurar tenerlo cerca en el mayor número de oportunidades posible, hasta que el miedo la terminó empujando a cerrarle tanto las puertas de su casa como el acceso a su cariño. Tras sucesivos intentos fallidos de Felipe de encontrarse con ella y diversas amenazas lanzadas al aire desde el exterior, que se colaban por las rendijas de las ventanas, el aguante del colérico hombre llegó a su fin. Sabiendo a Helena en el interior de la vivienda, pues oía perfectamente la entrecortada respiración que se escapaba de sus sollozos, forzó la puerta y entró, destrozando todo a su paso. Del mitigado llanto, la abuela pasó a los gritos de auxilio que ni llegaron a los oídos de nadie que pudiera acudir en su ayuda, ni se alargaron mucho en el tiempo. El Lobo, como se le conocería en la comarca a partir de ese día, la golpeó hasta hacerse con ella y, de la forma más salvaje posible, la violó. Tan absorto lo tenía su enajenación que no se percató de la fuerza que ejercía en su víctima hasta que terminó y la sintió inerte. Gobernado por el inmenso odio que lo había puesto en esa situación y, otra vez, con unas fuerzas más propias de una bestia salvaje que de su propia naturaleza, arrastró el cuerpo, de su hasta entonces amante, hasta dejarlo escondido bajo el mortal lecho de Helena. Sin prisas, recogió el desorden que él mismo había provocado al forzar su entrada en la vivienda y, recostándose, ocultó su identidad bajo el abrigo de las mantas mientras esperaba, con paciencia y una sonrisa, la llegada de Caperucita roja.



#2

Febrero 2019

Este fanzine ha
sido realizado por
el alumnado de
El laboratorio
de Sueños



El laboratorio de sueños

#Síguenos en nuestras redes sociales: @escrituralab



Maquetación: Héctor Pallás & Montse Rodrigo